

dad, cuyo pesado sueño parecía mecido por el cadencioso sacudimiento de los martillos, semejante, á lo lejos, á la respiración oprimida y rápida de un trabajador gigante, algún Prometeo dolorido, encadenado al trabajo eterno. Creció con esto su malestar, la fiebre no se calmaba; personas y cosas, de aquellos tres últimos días, surgían como una muchedumbre en su memoria, desfilaban en trágico tropel, cuyo sentido hubiera deseado fijar. Y le atormentaban con el problema que á cada momento le preocupaba más, y que ya no le dejaría dormir, mientras no diera con la solución.

En esto, creyó oír debajo de la ventana, al otro lado del camino, entre la maleza y las rocas, otro ruido, tan ligero, tan suave, que no pudo definirlo; ¿era el aleteo de un ave, el zumbar de un insecto entre las hojas? Miró, y no vio más que la ola de la obscuridad infinita. Sin duda se había equivocado. Volvió el ruido, más próximo; con interés, con una emoción singular, que él mismo extrañaba, se esforzó, procurando atravesar con la mirada las tinieblas, y acabó por distinguir una forma vaga, delicada y fina, que parecía flotar sobre las puntas de las hierbas. No se explicaba su naturaleza, creía que era una ilusión; cuando, de un salto de cabra montés, una mujer atravesó el camino y le arrojó un ramillete pequeño, con tal destreza, que le dió en el rostro, como una caricia; era un ramo pequeño de claveles silvestres, acabados de coger entre las rocas, y de olor tan fuerte, que se sintió perfumado por ellos.

¡Josina! adivinó á Josina, la reconoció en esta nueva manera de que su corazón le daba las gracias con aquel rasgo adorable de gratitud infinita. Era aquello exquisito, en tal obscuridad, á tales horas, y sin que él se explicase cómo estaba allí, si había espiado su vuelta, de qué modo había podido escapar y venir, tal vez porque Ragú pertenecía á un relevo de noche. Ya, sin una palabra, no habiendo querido más que rendirse con aquellas flores poco delicadas, con tanta gracia arrojadas, huía la joven y se

perdía en las tinieblas del páramo inculto; y notó Lucas entonces otra sombra muy pequeña, Nanet de seguro, que corría detrás. Desaparecieron, y otra vez volvió á oír no más los martillos del Abismo, á lo lejos, golpeando acompasados. Su tormento no había concluído, pero su corazón acababa de sentirse reanimado con una fuerza invencible. Oligó con delicia el ramillete. ¡Oh bondad, que es lazo fraternal, ternura que da la dicha, amor que salvará y reformará el mundo!

V

Lucas se acostó, apagó la luz, esperando que la fatiga de cuerpo y de espíritu, que le tenía quebrantado, le dejaría dormirse pronto, en un sueño tranquilo que le calmara la fiebre. Pero en el silencio, en la obscuridad de la vasta habitación, no pudo cerrar los párpados, sus ojos se mantenían muy abiertos en las tinieblas, un insomnio terrible le abrasaba, presa de la idea obstinada, devoradora.

Se le apareció Josina, renaciendo sin cesar, volviendo en el aire ligero con su rostro infantil, de tan doloroso encanto. Volvió á verla llorosa, hambrienta, aterrorizada, esperando á la puerta del Abismo; la vió en la taberna, arrojada de allí por Ragú, con tan violentos ademanes, que la sangre corría por su mano mutilada; la vió sobre el banco, cerca del Mionna, abandonada en una noche trágica, no restándole más que la definitiva caída en el lodo, satisfaciendo el hambre como pobre bestia errante. Y en aquel momento, después de tres días de inesperada información, casi inconsciente, que el destino le había

llevado a ejecutar, todo aquello que había visto del trabajo, injustamente distribuido, despreciado como una vergüenza social, concluyendo en la miseria atroz del mayor número, se resumía para él en el caso horrible de la pobre niña que trastornaba su corazón.

Entonces, las visiones surgieron como una multitud, atropellándose, torturándole con su continua presencia. Era el terror que soplabá, á través de las calles negras de Beauclair, pisoteadas por el oleaje de los miserables descendidos, que sordamente soñaban venganza. Era, en casa de Bonnaire, la revolución razonada, fatal, en tanto que la suspensión del trabajo oprimía los vientres, entregaba al hambre la familia en el pobre albergue frío y desnudo, en que faltaba lo necesario. Era, en la Guerdache, la insolencia del lujo corruptor, el goce ponzoñoso que acababa de destruir la clase privilegiada, el puñado de burgueses, hartos de pereza, ahitos, hasta la sofocación, de las riquezas inicuas que robaban á la labor y á las lágrimas de la inmensa mayoría de los operarios. Era también, en la Crécherie, en el horno alto, de una nobleza salvaje, en que ni un solo obrero se quejaba, el prolongado esfuerzo humano, como herido por el anatema, inmovilizado en su eterno dolor, sin la esperanza de la emancipación total de la raza, libertada al fin de la esclavitud y llegando á la ciudad de la justicia y de la paz.

Y había visto, había oído á Beauclair crugiendo por todas partes, porque la lucha fratricida no era solo entre las clases; el fermento destructor había llegado á las familias, pasaba un viento de locura y de odio que llevaba la rabia á los corazones. Monstruosos dramas manchaban los hogares, volcando en la cloaca padres, madres, hijos. Se mentía, se robaba, se mataba. Al extremo de la miseria y del hambre, estaba forzosamente el crimen, la mujer que se vendía, el hombre que se entregaba al alcohol, la bestia exasperada revolcándose, coceando para satisfacer el vicio.

Muchas, muchas señales espantosas anunciaban la inevitable catástrofe próxima, la vieja andamiada iba á hundirse en lodo y en sangre.

Entonces, espantado ante estas visiones de vergüenza y de castigo, llorando con toda la ternura humana que se quejaba dentro de él, Lucas vió volver, del fondo de las espesas tinieblas, el pálido fantasma de Josina, con su dulce sonrisa, tendiéndole los brazos con llamada seductora. Y ya no hubo más que ella; sobre ella iba á desplomarse el edificio carcomido, consumido por la lepra. La niña obrera, débil, se convertía en la víctima única, con la mano herida; y moría de hambre, la prostitución la hacía rodar á la cloaca, y encarnaba así la miseria de la vida sometida al salario, en una lastimosa figura, cuyo encanto era una obsesión para Lucas. Sufría él ya, con lo que ella debía de sufrir, necesitaba salvarla en su sueño loco de salvar á Beauclair. Si alguna potencia sobrehumana le hubiese dado un inmenso poder, hubiera hecho de la ciudad podrida de egoísmo un pueblo dichoso, en vida solidaria, para que ella, Josina, fuese allí feliz. Bien comprendió Lucas entonces que aquella fantasía era en él cosa antigua, que siempre había soñado de aquel modo desde que vivía en París, en un barrio pobre, entre los héroes oscuros y las dolientes víctimas del trabajo. Era como la inquietud interior de un porvenir que no sabía precisar, de una misión cuya preñez sentía; luego bruscamente, en la confusión en que luchaba todavía, le pareció el momento decisivo. Josina moría de hambre, Josina sollozaba y esto no podía tolerarse por más tiempo. Había que obrar por fin, tenía que ir derecho en socorro de tanta miseria y de tanto sufrimiento, para que la iniquidad cesara.

En esto Lucas, rendido por el cansancio, acabó por dormirse. Pero de repente creyó oír voces que le llamaban y despertó sobresaltado. ¿No eran lamentos lejanos, no había oído á los miserables en peligro de muerte pedir socorro? Se incorporó, con oído atento, para no oír

más que el vibrar de la sombra. Todo su corazón estaba dolorido, oprimido por la angustia horrorosa de una certidumbre; que en aquél instante mismo, millones de pobres seres agonizaban bajo el peso, que los aplastaba, de la iniquidad social. Luego, cuando temblando otra vez se inclinó sobre la almohada, rendido al sueño, volvieron á resonar las voces que le llamaban: volvió á levantar la cabeza, volvió á escuchar. Medio dormido, las sensaciones se hacían más intensas, extraordinariamente agudas. Y, en adelante, cada vez que se adormecía oía las voces, más fuertes, llamándole desesperadas, para algo urgente, algo que era una imperiosa necesidad, sin que él pudiera explicar su naturaleza. ¿A donde correr, para estar más pronto en el terreno de la lucha? ¿qué hacer para preparar la victoria? No sabía; la vaga pesadilla con que luchaba, le hacía padecer cruelmente. Era, en la completa obscuridad, como una aurora muy lenta, como sollicitaciones incansantes para una labor que se obscurecía cada vez que estaba á punto de definirla. Y he aquí que, dominando las voces, no hubo más que una, muy suave, que reconoció, la voz de Josina, que se lamentaba y le suplicaba. Ella solo estaba allí; sintió la tibia caricia del beso que le había dado en la mano, aspiró la fragancia del ramo de claveles que le había arrojado, cuyo perfume silvestre le parecía llenar la estancia.

Desde este momento Lucas no luchó más, sacudió el insomnio febril, para recobrar alguna calma. Encendió luz, se levantó y se paseó un instante por el cuarto. No quería pensar en nada, esperando librarse así de la idea fija; procuró que le interesaran las cosas que le rodeaban, miró los grabados antiguos colgados en las paredes, los viejos muebles, que hablaban de los hábitos de estudio y de la honrada sencillez del doctor Michon; cuanto había en la estancia venerable, en que se sentía mucha bondad, mucha razón, mucha prudencia. Luego, la biblioteca acabó por atraerle exclusivamente. Era un estanti-

con cristales, bastante grande, donde el antiguo saint-simoniano, el antiguo fourierista, había reunido una colección muy completa de todas las obras humanitarias, que habían sido pasión de su juventud. Todos los filósofos sociales, todos los apóstoles del nuevo evangelio, estaban allí: Saint-Simón, Fourier, Augusto Comte, Proudhon, Cavet, Pedro Leroux y otros varios; la colección completa, hasta los discípulos más oscuros. Lucas con la vela en la mano, se iba interesando, leía los nombres y los títulos en el lomo de los volúmenes, los contaba, se asombraba de su número, de tantas semillas buenas lanzadas al viento, de tantas buenas palabras como dormían allí, esperando el día de la recolección.

Había leído ya mucho, conocía las páginas capitales de la mayor parte de aquellas obras. El sistema filosófico, económico, social, de cada uno de aquellos autores, le era familiar. Pero se sentía invadido como por un aliento nuevo, al encontrarlos todos reunidos allí, en un grupo compacto. Jamás había tenido una idea tan clara de su fuerza, de su valor, de la considerable evolución humana que traían. Eran toda una falange, toda una vanguardia del siglo futuro, que poco á poco iría siguiendo el inmenso ejército de los pueblos. Sobre todo, lo que le impresionaba, viéndolos así, tocándose, mezclados y en paz, de una soberana fuerza, una vez unidos, era su fraternidad profunda. Si no ignoraba las ideas contradictorias que los habían separado algún día, los encarnizados combates que había habido entre ellos, hoy le parecían todos hermanos, reconciliados en el común evangelio, en las verdades únicas y definitivas que entre todos habían traído. Y la gran aurora, que surgía de sus obras, era la religión de la humanidad, cuya fe habían tenido todos, su amor á los desheredados de este mundo, su odio á la injusticia social, su creencia en el salvador trabajo.

Lucas, que había abierto la biblioteca, quiso escoger uno

de aquellos libros; ya que no podía dormir, leería algunas páginas, esperando el sueño. Vaciló un instante y se decidió por un volumen muy pequeño, en que un discípulo de Fourier había resumido toda la doctrina del maestro. El título *Solidaridad*, le había impresionado; ¿no era aquello lo que necesitaba, las pocas páginas de fuerza y de aliento que había menester? Volvió á acostarse, y se puso á leer, interesándose muy pronto, como por un drama conmovedor, en que la suerte de la raza éra el nudo. La doctrina, acumulada así, reducida al jugo de verdades que formulaba, adquiría una fuerza extraordinaria. Ya sabía él todas aquellas cosas, las había leído en los libros mismos del maestro, pero jamás le habían conmovido tanto, conquistándole tan profundamente; ¿en qué disposición de espíritu estaba, pues; en qué hora decisiva de su destino se encontraba, para que su corazón y su cerebro se viesan así poseídos entrando de un golpe en la certidumbre? El librito se animaba, todo tomaba un sentido nuevo é inmediato, como si surgiesen hechos vivos y se realizaran á su presencia.

Toda la doctrina de Fourier se desenvolvía; el rasgo de genio era utilizar las pasiones del hombre como fuerza de la vida; el prolongado y desastroso error del catolicismo venía de haber querido domarlas, de haberse esforzado por destruir al hombre en el hombre, para arrojarle esclavo á los pies de su Dios, hecho de tiranía y de nada. Las pasiones, en la libre sociedad futura, habían de producir tanto bien como mal habían producido en la sociedad encadenada, aterrorizada, de los siglos muertos. Era el inmortal deseo, la energía única que levanta los mundos, el foco interno de voluntad y de fuerza, que dá á cada ser el poder de obrar. Privado de una pasión, el hombre quedaría mutilado, como privado de un sentido. Los instintos, rechazados, aplastados hasta ahora como bestias feroces, ya no serían, libres al fin, más que las necesidades de la universal atracción, tendiendo á la unidad, trabajand

entre obstáculos, para fundirse en armonía final, expresión definitiva de la universal ventura. Y no había egoístas, no había perezosos, no había holgazanes, solo había hambrientos de unidad y de armonía, que caminarían como hermanos el día que viesen el camino bastante amplio, para ir todos por él á sus anchas y felices; sólo había víctimas de la pesada servidumbre, que oprimía á los obreros manuales, que rechazaban tareas injustas, desmesuradas, mal apropiadas, todos dispuestos á trabajar con alegría, cuando no tuviesen más que su parte lógica, y por ellos escogida, de la gran labor común.

Venia luego el otro arranque genial, el trabajo convertido en un honor, hecho función pública; el orgullo, la salud, la alegría, la misma ley de la vida. Bastaría con reorganizar el trabajo, para reorganizar la sociedad entera, de la cual debía ser la obligación cívica, la regla vital.

Pero no se trataba ya de un trabajo brutalmente impuesto á los vencidos, á mercenarios, que se envilecía, que se aplastaba, tratándolos como hambrientas bestias de carga; se trataba de un trabajo aceptado por todos, repartido según los gustos y los temperamentos, practicado durante el muy corto número de horas indispensable, variando sin cesar, á elección de los obreros voluntarios. Una ciudad, una comunidad, no eran más que una inmensa colmena, en la cual no había un solo ocioso, donde cada ciudadano ponía su parte de esfuerzo en la obra común, de que necesitaba la ciudad para vivir. La tendencia á la unidad, á la armonía final, juntaba á los habitantes, los hacía agruparse, clasificarse ellos mismos en series. Todo el mecanismo consistía en eso; el trabajo dividido hasta el infinito, el obrero escogiendo la tarea que hiciera más gusto, sin verse jamás clavado al mismo oficio, pudiendo pasar á voluntad de un grupo á otro, de una labor á otra. No se trastornaría el mundo de un golpe, se comenzaría poco á poco, experimentando el sistema en una comunidad de algunos miles de almas, para hacer de ella

un ejemplo vivo; y el sueño tomaba cuerpo, se creaba la falange, base unitaria del gran ejército humano, se edificaba el falansterio, la casa común. Al principio, para salir del estado actual, nada más sencillo, había que contentarse con llamar á todos los hombres de buena voluntad, á todos los que padecían por tanta dolorosa injusticia. Se les asociaba, se creaba una vasta organización de capitales, de trabajo, de talento; se mandaba á los que hoy tenían el dinero, los brazos, el cerebro, que se entendieran, que se uniesen para juntar su fortuna. Producirían con una energía, con una abundancia centuplicadas, se enriquecerían con beneficios que se repartirían del modo más equitativo posible, hasta el día en que el capital, el trabajo, el talento, no fuesen más que una sola cosa, el patrimonio común de una sociedad libre de hermanos, en que todo sería, al fin, de todos, en la armonía realizada.

A cada página del libro brotaba el esplendor suave de la palabra solidaridad, que era su título; algunas frases brillaban como faros, la razón del hombre era infalible, la verdad era absoluta, una verdad que la ciencia ha demostrado, se hacía irrevocable, eterna. El trabajo debía ser una fiesta. La felicidad de cada cual no se lograría, andando el tiempo, más que por la dicha de los demás; no habría envidia ni odio, cuando hubiese sitio en la tierra para la felicidad de todos. En la máquina social, las ruedas intermediarias, se destruían como inútiles, porque robaban fuerza; y así el comercio quedaba condenado, el consumidor solo se entendía con el productor, se segaba de un solo golpe de guadaña todos los parásitos, la infinita miseria que vive de la corrupción social, del estado de guerra permanente en que agonizan los hombres. No más ejércitos, no más tribunales, no más prisiones. Por encima de todo, en esta gran aurora que al fin surgía, la justicia brillaba como un sol destruyendo la miseria, dando á cada ser que nace el derecho á la vida, el pan de cada día,

lizando para cada cual la suma de felicidad real que se le debe.

Lucas ya no leía, reflexionaba. Todo el siglo diez y nueve, grande y heroico, se aparecía en su continua batalla, en su esfuerzo tan doloroso y valiente, en pos de la verdad y de la justicia. De un cabo á otro, el irresistible movimiento democrático, la marcha ascendente del pueblo, le llenaba. La revolución solo había traído al poder la burguesía, hacía falta un siglo más, para que la evolución se cumpliera, para que todo el pueblo tuviera su parte. Las semillas germinaban en el viejo terruño monárquico, cavado sin cesar; y desde las jornadas del 48, la cuestión del salario se planteaba claramente, las reivindicaciones de los trabajadores se precisaban más y más, sacudían el nuevo régimen burgués, que poseía, y á quien la posesión egoísta, tiránica, corrompía á su vez. Y ahora, en el umbral del siglo próximo, en cuanto el empuje creciente del pueblo hubiera arrastrado la vieja andamiada social, la reorganización del trabajo serviría de fundamento á la sociedad futura, que solo podría existir por una justa distribución de la riqueza. Toda la nueva etapa necesaria y próxima estaba en eso.

La violenta crisis que había hecho hundirse los imperios cuando el mundo antiguo había pasado de la esclavitud al salario, no era nada junto á la terrible crisis actual, que hacía cien años sacudía y asolaba los pueblos; esta crisis del salario, evolucionando, transformándose, convirtiéndose en otra cosa. Y de esta otra cosa debía nacer la ciudad feliz y fraternal de mañana.

Suavemente, Lucas dejó el menudo libro y apagó la luz. Ya había leído, se había calmado, sentía renacer el sueño apacible y reparador. No era que se hubiesen formulado respuestas claras á las cuestiones urgentes, á las voces de angustia que venían de las tinieblas y que le habían trastornado. Pero estas voces ya no resonaban, como los desheredados que las lanzaban, seguros de haber

sido oídos para en adelante, esperasen con paciencia. La semilla estaba echada, el fruto nacería, el libro menudo había vivido, en manos de un apóstol y de un héroe; la misión se cumpliría, á la hora señalada por la evolución. Y Lucas mismo no tenía ya fiebre, no se interrogaba con ansiedad, aunque la solución al problema que le apasionaba quedase como en suspenso. Se sentía fecundado por la idea, con la absoluta convicción de que algo daría á luz. Tal vez al día siguiente, si dormía bien aquella noche. Y acabó por ceder á la gran necesidad de descanso, y se durmió con delicia, con sueño profundo, visitado por el genio, por la fe y por la voluntad.

Al día siguiente, á las siete, cuando Lucas despertó, su primer pensamiento, al ver el sol levantarse en un extenso cielo claro, fué echar á correr, sin prevenir á los Jordán y subir la escalera de piedra del horno alto. Quería volver á ver á Morfain, hablar con él, pedirle algunos informes. Obedecía á una especie de súbita inspiración, sobre todo ganoso de adquirir una opinión precisa acerca de la antigua mina abandonada; y se decía, que el maestro fundidor, hijo de la montaña, debía de conocerla piedra á piedra. Y en efecto, Morfain, á quien encontró levantado, después de pasar la noche al lado del horno alto, ya, con seguridad, devuelto á su marcha regular, Morfain, mostró gran interés en cuanto oyó hablar de la mina. Siempre había tenido una idea, que nadie quería oír, aunque él la repetía con frecuencia. Para él, el viejo Laroche, el ingeniero, se había equivocado al perder la esperanza demasiado pronto y abandonar la mina en cuanto la explotación dejó de ser productiva.

Sin duda, el filón se había hecho detestable, sulfurado y fosfatado, hasta tal punto, que no se le sacaba ningún provecho en la fundición. Pero Morfain seguía convencido de que era sencillamente porque se estaba atravesando una veta mala; de suerte, que bastaría seguir avanzando en las galerías, ó mejor, abrirlas nuevas en un costado

de la garganta, que él indicaría, si se quería volver á encontrar el excelente mineral de antaño. Y apoyaba su certidumbre en hechos de observación, en su conocimiento de todas las rocas del contorno, á que él trepaba y que pisaba hacía cuarenta años.

No tenía ciencia seguramente, no era más que un pobre obrero, que no se permitía discutir con los señores ingenieros; pero así y todo, extrañaba que no se hubiese tenido confianza en su buen olfato, y que se hubieran encogido de hombros, sin consentir siquiera en probar si era cierto lo que él anunciaba, por medio de algunos sondeos.

La tranquila convicción de aquél hombre impresionó vivamente á Lucas, que por su parte juzgaba con severidad la inercia de Laroche, el abandono en que había dejado la mina aun después de descubierto el procedimiento químico, que habría permitido utilizar con provecho el mineral defectuoso. Esto indicaba en que soñolienta rutina había caído la explotación del horno alto. Desde hoy había que volver á la mina, aunque hubiera que contentarse con trabajar el mineral químicamente. ¡Y qué sería si la certidumbre de Morfain se realizaba, si se volvía á dar con nuevos filones ricos y puros!

Por lo cual, aceptó la proposición del maestro fundidor de ir á dar inmediatamente un paseo hacia las galerías abandonadas, para poder explicarle su idea sobre el terreno. En la mañana clara y fresca de Septiembre, fué aquella una excursión deliciosa, atravesando rocas, en soledades salvajes, que embalsamaba la alhucema. Durante tres horas, por los costados de las gargantas, treparon ambos, entraron en las cuevas, siguieron las pendientes, cubiertas de pinos, en que asomaba la piedra, como el esqueleto de algún cuerpo inmenso, allí enterrado. Poco á poco la convicción de Morfain pasaba al ánimo de Lucas, por lo menos le daba una esperanza, la de todo un tesoro que la

pereza de los hombres dejaba allí abandonado, y que la tierra, la madre inagotable, estaba presta á dar todavía.

Había pasado el medio día; Lucas aceptó un almuerzo de huevos y leche, allá en lo alto en los Montes Bleuses. Y cuando bajó, cerca de las dos, encantado, lleno el pecho de las ráfagas libres de la montaña, fué acogido por las aclamaciones de los Jordán, que comenzaban á alarmarse, ignorando lo que había sido de él. Se disculpó por no haberles avisado, y contó que se había extraviado en las mesetas de las montes, y que había almorzado en casa de unos aldeanos. Si se permitía esta mentirigilla, era porque los Jordán, todavía á la mesa, no estaban solos. Como todos los segundos martes de mes, tenían tres convidados, el cura Marle, el doctor Novarre y el maestro Hermeline, á los cuales Scurette gustaba de reunir; y los llamaba riendo, su gran Consejo, porque los tres la ayudaban en sus obras de caridad. La Crécherie, tan cerrada, en la que Jordán vivía, á lo sábio solitario, como en un claustro, dejaba sin embargo franca entrada á aquellos tres señores, tratados como íntimos; y no se podría decir que debían este favor á su buena armonía, pues siempre estaban disputando; pero sus continuas discusiones divertían á Scurette, que por ellas los apreciaba más, pensando que distraían á Jordán, que los escuchaba sonriendo,

—¿De modo que ha almorzado usted?—dijo la joven á Lucas;—pero eso no le impedirá tomar una taza de café con nosotros, ¿verdad?

—Venga la taza de café,—respondió alegremente;—es usted demasiado amable, solo merezco las más duras quejas.

Pasaron al salón. Las ventanas estaban abiertas; el parque mostraba su verdura, el encanto de los grandes árboles entraba en un olor exquisito. Sobre un velador, en un vaso de porcelana, había un admirable ramo de rosas, de las que el doctor Novarre cultivaba con cariño, y de las que siempre traía un manojo á Scurette cuando almor-

zaba en la Crécherie. Mientras se servía el café, siguió la discusión entre el cura y el maestro, que, desde los entremeses, no habían cesado de disputar acerca de las cuestiones de instrucción y educación.

—Si usted no adelanta nada con sus discípulos,—afirmó Marle,—es que ha arrojado á Dios de la escuela. Dios es el Señor de las inteligencias, sin El nada se sabe.

Alto, fornido, la nariz aguileña, de robusta ancha faz, de facciones regulares, hablaba con la obstinación autoritaria de su doctrina estrecha, poniendo la salvación del mundo en el catolicismo, practicado á la letra, con estricta observancia de los dogmas. En frente de él, Hermeline, el maestro, menudo, de rostro anguloso, frente huesuda, aguda barba, se obstinaba también, frío en su rabia, también formulista y autoritario, creyente de una religión mecánica de progreso, realizada á fuerza de leyes y á lo militar.

—Déjeme usted en paz con su Dios, que jamás ha llevado á los hombres más que al error y á la ruina!... Si no saco nada de mis discípulos, es, por lo pronto, porque me los llevan antes de tiempo, para meterlos en la fábrica; y después, y sobre todo, es que la disciplina se quebranta cada vez más, y el maestro ya no tiene autoridad alguna. ¡Palabra! si me dejasen repartir de cuando en cuando algunos garrotazos, creo que eso les abriría un poco el cráneo.

Y como Scurette asustada de tal doctrina protestase, el maestro se explicó. Para él, sólo había un medio de salvación en la corrupción general: doblegar á los niños, sometiéndolos á la disciplina de la libertad, meterles en el cuerpo el régimen republicano, á la fuerza si era preciso, para que nunca saliese ya de allí. Su anhelo era hacer de cada alumno un servidor del Estado, esclavo del Estado, sacrificando al Estado su personalidad entera. No veía nada más allá de la misma lección, aprendida por todos de la misma manera, con el mismo fin de servir á la co-